

### RELATO 3

El invierno siempre me pareció una buena estación para morir. Es una cuestión propia de la naturaleza. La luz se atenúa, los animales tienden a recogerse... yo hago lo mismo bajo las mantas. La sangre fluye más despacio, tanto que parece detenerse, tanto que parece no recuperar su pulso en primavera.

El sofá estilo Chesterfield, la piel envejecida por el uso, destilaba un olor a recuerdos familiares, era mi sitio preferido de la biblioteca. Sentada, mejor dicho recostada, en su respaldo quemé con mis cigarrillos y mis libros muchas horas frente a la ventana. La luz fría de media tarde acompañó a muchos de mis queridos párrafos, hoy me acompaña a mí. Miraba, en los descansillos de mi lectura, las manos que como el sofá habían ido añadiendo a su fisonomía parte de la historia de la casa. En el rostro no veía pasar, o no quería hacerlo, el tiempo. Pero las manos eran un testigo de cada paso, de cada golpe, de cada historia vivida en aquella tierra. Sus surcos, las venas azuladas, los puntos de pigmentación cansada de colorear la piel me mostraban mejor que nadie el paso del tiempo.

He oído, y leído muchas veces, que los elefantes saben cuando van a morir. Es sencillo conocer esa sensación, no lo sabía hasta hace unos meses. El cuerpo te pide un descanso, se llena de polvo por dentro como las casas grandes y viejas que son abandonadas. El médico viene a casa y me habla, con calma, como yo hablo a los niños cuando realizo con ellos razonamientos complejos.

La pequeña Clara siempre está atenta a todo lo que pasa, sus ocho años representan una fuente inagotable de curiosidad. A mi edad, el cauce de la paciencia se desborda con cierta facilidad. En cualquier caso, sus ojos serenos y la convicción con que hace las

preguntas me permiten tratarla como a un adulto o incluso con más criterio que a muchos de los adultos con los que me ha tocado compartir tediosas veladas.

Ella no habla de mi situación pero parece comprenderla. Me trata con la suavidad y el mimo que no emplea con todas sus muñecas, algunas sin abrir, y de forma inconsciente, o eso creo, cada día pasa más tiempo conmigo. Se ha vuelto una rémora. Quiere conocer detalles de la familia, de mi vida, conocer historias reales y fantásticas que le cuento. En cierto modo está leyendo libros a través de mí. Me gusta. Representan los pocos momentos en los que aún me siento útil.

Hay momentos en los que me gustaría invertir la situación, convertirme en ella. La miro fijamente a los ojos e intento colarme por su retina. Intento acceder a su cuerpo, a su mente, a juventud. Realmente es su juventud, su capacidad de asombro e inquietud aquello que más me fascina. A mi edad debería controlar este tipo de pensamientos absurdos pero cuanto más se acerca el tiempo del olvido más ansío el recuerdo de mi juventud.

Al fin y al cabo la primavera, como la juventud, sienta bien, te hace más fuerte, se nutre de la fuerza de los que la rodean. Me gusta pensar que sigo a través de ella, de las historias transmitidas, contadas desde hace años de abuelos a niños. Me gusta ver su rostro rejuvenecido en mi sonrisa. Vuelvo a empezar, quizá con reglones diferentes y escribiendo en otro color pero con el mismo mensaje.

Algún día volverá a llegar el invierno, pero es primavera y todo empieza. La hierba crece fuerte, como cada año. Cierro el libro y me asomo a la ventana. Empieza el día y me acuerdo de abuela como cada vez que abro una de las puertas de su biblioteca. Ahora es mía pero huele a ella.